



**UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE
CARRERA: LIC. y Prof. EN PSICOPEDAGOGÍA
PLAN DE ESTUDIO 431/2009 y 432/2009**

MATERIA: PSICOANÁLISIS

EQUIPO DE CÁTEDRA:

Profesora Titular PTR: Dra. PATRICIA V. WEIGANDT.

**Jefe de trabajos prácticos: JTP: Lic. Y Prof. EDGARDO
MALASPINA**

Ayudantes de cátedra: AYP:

Lic. ERICA GONZALEZ

Dr. GABRIEL PAVELKA

Ayudantes alumnas: AYS Ad/H

LILIA VILLALBA

AGUSTINA HERNÁNDEZ

**GUÍA (7) APOYATURA TEÓRICA PARA EL RECORRIDO DE LA
MATERIA PSICOANÁLISIS**

TEMA: MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DEL PLACER

Un recorte de lectura de “Más allá del principio del placer”. Freud 1920.

Algunas aclaraciones previas a la lectura

El presente escrito tomará algunos puntos de importancia a partir de la lectura del texto “Más allá del Principio del placer” (1920). Es importante ubicar que para esta altura del recorrido en la materia los alumnos que realicen esta lectura cuentan ya con el recorrido realizado por otros varios textos que trabajan aspectos fundamentales de la teorización freudiana acerca de la sexualidad, la libido, la teoría de las pulsiones y es importante que puedan abordar el presente escrito de cátedra a posteriori de realizar la lectura del propio texto de Freud.

El modo en que nos proponemos compartir este elemento de apoyo a la lectura del texto freudiano es a la manera de un punteo de este texto y no del trabajo de una temática de manera más amplia. Ese punteo tomará aspectos que consideramos relevantes en el mismo por diferentes razones que se irán explicitando. Verán que a diferencia de otros escritos que hemos compartido encontrarán abundantes citas extraídas de este.

Así y todo, veremos que la temática principal sobre la que Freud trabaja en “Más allá...” Se relaciona con el cuestionamiento acerca de la vigencia y el límite del principio del placer como rector del funcionamiento psíquico del humano (en la teoría) lo que derivará necesariamente en la pregunta por aquello que se presenta desde diferentes fuentes a la manera de la insistencia de repetición en torno de lo displacentero.

Podremos encontrarnos con que la diversidad de fuentes para aquello que es registrado en principio como sensación de placer o displacer va complejizándose hasta llegar a dar lugar al estatuto de la vida y de la muerte, el lugar de las pulsiones, del yo, del amor y de la agresividad.

Es indispensable una lectura atenta y reflexiva que nos permita rescatar la riqueza de este texto y su importancia para la práctica, en especial la clínica psicoanalítica.

Cabe aclarar que utilizaremos el agregado de cursivas en algunas citas del texto freudiano, con el fin de enfatizar algunos aspectos que consideramos de importancia en la transmisión y que las citas del texto extraídas de la traducción de Luis López Ballesteros y de Torres, está conservada en todo lo demás, incluido el uso de la palabra *instinto*, que el alumno avezado a la lectura ya sabe que debe reemplazar por el término *pulsión*. Una vez más, hemos resuelto elegir la fiel versión de esta traducción en tanto conserva la poética y musicalidad de la pluma freudiana.

Más allá en nuestro punteo

En principio cabe destacar que abordaremos un texto que es de suma importancia para el psicoanálisis, dado que en él Freud rompe con su teorización anterior acerca del funcionamiento del psiquismo humano, en aquel punto al que él ha denominado *económico* y que toma un lugar *príncipeps* agregándose al *tópico* y al *dinámico*.

Este texto será una bisagra fundamental en el entendimiento de los procesos psíquicos y recogerá formalmente avances en el sentido que el maestro vienés fuera insinuando con anterioridad, pero, sobre todo, dará cuenta de una serie de cuestiones presentadas en la clínica y no sólo en ella, que resistían eficazmente. Nuevamente Sigmund Freud rompe con el efecto de cierre y síntesis en que la teoría puede capturar al humano. No profundizaremos aquí cuestiones de índole epistemológico, no porque no las haya. Quien quiera profundizar en ellas puede hacerlo teniendo en cuenta aspectos trabajados anteriormente en la cursada desde al menos dos textos: *Pulsiones y sus destinos* (Freud 1915) y *Pariré Centauros. De la sublimación Freudiana al Sinthome Lacaniano*. Un punto de suspensión. Cap. II. (Weigandt 2012)

En nuestra presente reseña realizaremos un recorte de algunos elementos que no pretenden abarcar el texto completo ni mucho menos, sino dar cuenta de algunos aspectos del planteo que trazará la teorización del más allá freudiano que desemboca en un nuevo modo de conceptualizar las pulsiones, en particular de la operatoria de la pulsión de muerte y que ustedes ya han anticipado en su lectura acerca de las pulsiones de vida y muerte, desde los planteos que hemos realizado en los espacios teóricos con bibliografía abordada oportunamente.

Al inicio del escrito Freud nos reencuentra con el planteo que implicaba la teorización psicoanalítica hasta allí en torno del placer y el displacer. A esta altura del recorrido de la materia, ustedes ya estarán habituados al estilo freudiano, que nos pone al corriente para luego poder avanzar hacia lo novedoso.

En la teoría psicoanalítica suponemos que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio del placer; esto es, creemos que dicho curso tiene su origen en una tensión displaciente y emprende luego una dirección tal, que su último resultado coincide con una minoración de dicha tensión y, por tanto, con un ahorro de displacer a una producción de placer. Al aplicar esta hipótesis al examen de los procesos anímicos por nosotros estudiados introducimos en nuestra labor el punto de vista económico. Una exposición que, al lado de los factores tónico y dinámico, intente incluir asimismo el económico, ha de ser la más completa que por el momento pueda presentarse y merece la calificación de metapsicología.

[...] Lo que a estas hipótesis especulativas nos hace llegar es el deseo de describir y comunicar los hechos que diariamente observamos en nuestra labor.

[...] Trátase del sector más oscuro e impenetrable de la vida anímica, y ya que no podemos eludir su investigación, opino que debe dejárenos en completa libertad para construir sobre él aquellas hipótesis que nuestra experiencia nos presente como más probables. Hemos resuelto relacionar el placer y el displacer con la cantidad de excitación existente en la vida anímica, excitación no ligada a factor alguno determinado, *correspondiendo el displacer a una elevación y el placer a una disminución de tal cantidad.* (1920:2507)

Nuestro resaltado en cursiva en la última parte de la cita, refiere a la importancia que adquiere la consideración que cualquier elemento de la vida (psíquica) del humano puede quedar ligado a este devenir económico, con lo que aquello del orden de lo placentero y de lo displacentero no se regirá por parámetros de carácter psicológico normativizantes.

Freud irá repasando la que fuera su teoría acerca del principio del placer gobernando el funcionamiento psíquico, ubicando que el aparato registraría como displaciente la suba de tensión y tendería a una descarga o conservación lo más baja posible de la tensión, relacionando y dejando determinado al principio del placer por aquel otro denominado de constancia.

Renglones más abajo Freud afirmará:

Mas fuérganos el decir ahora que es inexacto hablar de un dominio del principio del placer sobre el curso de los procesos psíquicos. Si tal dominio existiese, la mayor parte de nuestros procesos psíquicos tendría que presentarse acompañada de placer o conducir a él, lo cual queda energicamente contradicho por la experiencia general. Existe, efectivamente, en el alma, fuerte tendencia al principio del placer; pero a esta tendencia se oponen, en cambio, otras fuerzas o estados determinados, y de tal manera, que el resultado final no puede corresponder siempre a ella (1920:2508)

Es importante para nuestra actividad profesional y académica subrayar una vez más como Freud va más allá de su teoría, derribándola en virtud de alojar lo que la práctica le va presentando de manera insistente y desde allí volver a teorizar.

Una gran parte del texto que el maestro nos ofrece aludirá a cuáles son los límites del principio del placer y cuales las circunstancias en las que su “victoria” queda frustrada. Allí invocará la peligrosidad del principio del placer (y por ende su límite) que hace que tenga cabida otro principio, el de realidad.

El primer caso de tal inhibición del principio del placer nos es conocido como normal. Sabemos que el principio del placer corresponde a un

funcionamiento primario del aparato anímico y que es inútil, y hasta peligroso en alto grado, para la autoafirmación del organismo frente a las dificultades del mundo exterior. Bajo el influjo del instinto de conservación del yo queda sustituido el principio del placer por el principio de la realidad, que, sin abandonar el propósito de una final consecución del placer, exige y logra el aplazamiento de la satisfacción y el renunciamiento a algunas de las posibilidades de alcanzarla, y nos fuerza a aceptar pacientemente el displacer durante el largo rodeo necesario para llegar al placer. El principio del placer continua aún, por largo tiempo, rigiendo el funcionamiento del instinto sexual, más difícilmente «educable», y partiendo de este último o en el mismo yo, llega a dominar al principio de la realidad, para daño del organismo entero (1920:2509)

Freud está aludiendo al terreno de conceptualización de las pulsiones. Es imprescindible que recordemos que, en la teorización hasta aquí, las pulsiones estaban “agrupadas” o “divididas” en pulsiones del yo y sexuales. Esta teorización había tomado lugar a posteriori de aquella primera que consideraba a las de autoconservación y conservación de la especie. El yo, el narcisismo, tienen su lugar en aquellas modificaciones, que ustedes podrán rescatar de consideraciones y materiales anteriores que hemos realizado y tomado en nuestro recorrido durante la cursada.

Nótese que Freud reserva una parte, una serie de elementos, a los que llama pulsión sexual, que exceden el gobierno por parte de del yo y el principio de realidad a él ligado. Vamos viendo como incluso allí donde el principio del placer se encontraría gobernando hay algo que es del orden del peligro y no guarda la vida.

No puede, sin embargo, hacerse responsable a la sustitución del principio del placer por el principio de la realidad más que de una pequeña parte, y no la más intensa, ciertamente, de las sensaciones de displacer (1920:2508)

El texto continúa refiriendo a los avatares de agrupamiento, conveniencia y compatibilidad con el fallado gobierno del yo, mostrando su límite y ubicando que el estatuto mismo de algunas mociones pulsionales y su incompatibilidad con otras, se

reunirán formando la unidad del yo, entrando en el juego la represión que privará de momento la satisfacción de algunas pulsiones, que, sin embargo conseguirán llegar a su satisfacción por caminos indirectos, subrayando la facilidad de este proceso para las denominadas pulsiones sexuales. Esa satisfacción por caminos indirectos procurará contrario a lo esperable displacer (sentido por el yo) a pesar o más bien a partir de la satisfacción.

A consecuencia del primitivo conflicto, al que puso término la represión, experimenta el principio del placer una nueva fractura, que tiene lugar, precisamente, mientras determinados instintos se hallan dedicados, conforme al principio mismo, a la consecución de nuevo placer. Los detalles del proceso por medio del cual transforma la represión una posibilidad de placer en una fuente de displacer no han sido aún bien comprendidos o no pueden describirse claramente; pero, con seguridad, *todo displacer neurótico es de esta naturaleza: placer que no puede ser sentido como tal.* (1920:2509)

Freud señalará aquí que hasta este punto que existen otras fuentes de displacer que las anteriormente mencionadas y que de aquellas otras que incluso pueden tener un origen diferente, en su mayoría no contradirían la vigencia del principio del placer. Muchas de las sensaciones displacientes (que como tales están ligadas al yo) pueden ser pensadas como percepciones del esfuerzo de pulsiones insatisfechas o percepciones exteriores penosas por sí o que se tornan tales por excitar en el aparato anímico expectativas llenas de displacer y ser reconocidas entonces como un “peligro” por el propio aparato. Así y todo, dirá Freud:

Con esto no parece necesario reconocer mayor limitación del principio del placer, y, sin embargo, precisamente, la investigación de la reacción anímica al peligro exterior puede proporcionar nueva materia y nuevas interrogaciones al problema aquí tratado (1920:2510).

Este texto como tantos otros, el padre del psicoanálisis nos permite ver la persistencia en agujerear lo que podría cerrarse fácilmente hacia la síntesis y a partir de esa persistencia que puede ser pensada ya como rasgo epistemológico de nuestra

disciplina, es que Freud iniciará el *capítulo II* de este libro ubicando los efectos duraderos generados en el humano por las impresiones traumáticas directas más diversas, como pueden serlo los accidentes y las guerras .

Las denominadas neurosis de guerra mostrarían de manera grandilocuente los efectos paralizantes y duraderos de las mismas, no atribuibles a lesiones en el sistema nervioso.

Podemos referirnos con dolor a los efectos duraderos de la participación en la guerra de nuestros veteranos de Malvinas, cuyas “identidades” incluso han quedado determinadas por esa participación, llevando a diferentes padecimientos e incluso a la muerte por suicidio a muchos de ellos mucho tiempo después de haber terminado la misma.

Existen testimonios fílmicos de los reconocimientos de soldados a los que Freud fuera convocado, que dan testimonio además de las descripciones escritas, de hombres que padecían tics, movimientos espasmódicos de diversa índole, mutismo, terrores diversos y que llamativamente esto afectaba a aquellos en quienes la incidencia de traumatismos físicos era menor o nula. Neurosis de guerra y neurosis traumáticas muestran que:

En las primeras parecía aclarar en parte la cuestión, complicándola, en cambio, por otro lado, el hecho de que el mismo cuadro patológico aparecía en ocasiones sin que hubiera tenido lugar violencia mecánica alguna. En la neurosis traumática corriente resaltan dos rasgos, que se pueden tomar como puntos de partida de la reflexión: primeramente, el hecho de que el factor capital de la motivación parece ser la sorpresa; esto es, el sobresalto o susto experimentado, y en segundo lugar, que una contusión o herida recibida simultáneamente actúa en contra de la formación de la neurosis. Susto, miedo y angustia son términos que se usan erróneamente como sinónimos, pues pueden diferenciarse muy precisamente según su relación al peligro (1920:25010)

No nos adentraremos en esta oportunidad en el detalle acerca de las diferencias entre miedo, angustia y susto, sin embargo, cabe destacar que la angustia aparece como expectación ante un peligro más allá de ser conocido y más allá de tener un “conocimiento” acerca del mismo. Por eso son infructuosas las maniobras de la psicología de la conciencia en su abordaje. El miedo queda asociado a un objeto y el susto aparece ante un elemento que surge de manera inesperada, aclarará Freud tomando en cuenta el factor sorpresa.

Al retomar los sueños terroríficos que padecen los afectados por neurosis traumáticas, y el retorno de estos una y otra vez, dará cuenta según el planteo freudiano que también ellos han sido afectados en su función de resguardo del dormir y de realización de deseos y/o recordarnos “*las misteriosas tendencias masoquistas del yo*” (1920:2511)

Cabe destacar que luego de un paneo por situaciones que pueden pensarse como del orden de la patología, Freud tomará para continuar su puesta a prueba de la economía psíquica y de su operatoria económica, la vía de la “normalidad”, realizando una revisión de la actividad del juego en los niños. Refiriéndose a las teorizaciones vigentes al momento ubica que las mismas no consideraban el punto de vista económico y la consecución de placer en la puesta en marcha del jugar.

En ese sentido tomará sin ánimo de universalización, pero sí como esclarecedora oportunidad, el juego de un niño pequeño que habrá quedado inmortalizado como el juego del “fort-Da”.

Nuestra reseña no los eximirá de la indispensable lectura de la atractiva y minuciosa descripción acerca de las condiciones de observación que Freud realiza de aquel niño de año y medio que sabemos era uno de sus nietos. La descripción freudiana

de la relación del niño con su madre es parte del escenario en el que el juego que considerará logra tener lugar, cosa que ustedes trabajarán desde la óptica de Winnicott en clases subsiguientes y que, seguramente retomarán a lo largo de las materias clínicas y prácticas de la carrera, que por lo demás ha sido re trabajada en muchísimos escritos psicoanalíticos hasta el día de hoy y que podemos considerar tiene carácter de estructural y estructurante en la vida psíquica.

El excelente chiquillo mostraba tan sólo la perturbadora costumbre de arrojar lejos de sí, a un rincón del cuarto, bajo una cama o en sitios análogos, todos aquellos pequeños objetos de que podía apoderarse, de manera que el hallazgo de sus juguetes no resultaba a veces nada fácil. Mientras ejecutaba el manejo descrito solía producir, con expresión interesada y satisfecha, un agudo y largo sonido, o-o-o-o, que, a juicio de la madre y mío, no correspondía a una interjección, sino que significaba fuera (fort) Observé, por último, que todo aquello era un juego inventado por el niño y que éste no utilizaba sus juguetes más que para jugar con ellos a estar fuera.

[...]El niño tenía un carrito de madera atado a una cuerdecita, y no se le ocurrió jamás llevarlo arrastrando por el suelo, esto es, jugar al coche, sino que, teniéndolo sujeto por el extremo de la cuerda, lo arrojaba con gran habilidad por encima de la barandilla de su cuna, forrada de tela, haciéndolo desaparecer detrás de la misma. Lanzaba entonces su significativo o-o-o-o, y tiraba luego de la cuerda hasta sacar el carrito de la cuna, saludando su reaparición con un alegre «aquí» (1920: 2512)

El “aquí” de la traducción castellana es el “Da” en la lengua alemana originaria del niño.

Freud ubicará que el juego por él observado, tiene como finalidad lo que denomina la más importante función de la cultura, que es la renuncia a la pulsión en momentos en los que la madre del pequeño se retiraba de la escena. Este punto, dirá Freud, refiriéndose a la retirada de la madre, no puede ser considerado como agradable para el niño y seguramente tampoco como indiferente. Y es allí donde se pregunta: “¿Cómo, pues, está de acuerdo con el principio del placer el hecho de que el niño repita como un juego el suceso penoso para él?” (1920:2512), descartando que ese penoso acto obtuviera su valor

únicamente como preparación al retorno de la madre, en tanto la segunda parte del juego (Da) en muy pocas oportunidades era puesto en marcha por el infantil sujeto.

Realizando Freud un análisis de las motivaciones del niño y considerando elementos posteriores de la vida y juego de él que no consideraremos aquí pero que es indispensable que ustedes lean de manera directa en el texto, veremos que llega a concluir que en la repetición activa de un tan penoso acto de desaparición debe haber una consecución de satisfacción al elaborar cosas tan impresionantes como la ida de su padre a la guerra, coligiendo que la satisfacción obtenida no era de carácter placiente sino de otro orden y de carácter más directo.

Líneas más adelante, Freud nos alertará que no cualquier suceso penoso logra ser pasado al juego por parte del niño y que hay una insistencia en los juegos infantiles de hacer padecer a los objetos y a los compañeros de juego las mismas penurias que el *jugante* ha tenido que atravesar. En términos freudianos tornarse activo ante lo que ha sufrido pasivamente. Interesantes apreciaciones acerca del juego en la adultez y sus sucedáneos teatrales en el drama (entre otros) dan cuenta de una satisfacción similar, haciendo que el espectador sufra como parte de la trama que es registrada con sumo placer y considerada como éxito para quienes las ponen en marcha.

El inicio del **capítulo III** de “Más allá...” el autor realiza un repaso por los diferentes momentos que atravesará la técnica psicoanalítica desde sus inicios, material de imperdible lectura, más aún para el estudiante universitario que intenta reencontrar desde la pluma freudiana los pasos del recorrido en la materia, y en la que Freud termina ubicando el estatuto de la repetición, elemento que veremos tiene estrecha relación con el planteo de un más allá del principio del placer.

Para hallar más comprensible esta obsesión de repetición (Wiederholungszwang) que se manifiesta en el tratamiento psicoanalítico

de los neuróticos, hay que libertarse ante todo del error que supone creer que en la lucha contra las resistencias se combate contra una resistencia de lo inconsciente. Lo inconsciente, esto es, lo reprimido, no presenta resistencia alguna a la labor curativa; no tiende por sí mismo a otra cosa que a abrirse paso hasta la consciencia o a hallar un exutorio por medio del acto real, venciendo la coerción a que se halla sometido. La resistencia procede en la cura de los mismos estratos y sistemas superiores de la vida psíquica que llevaron a cabo anteriormente la represión. Mas como los motivos de las resistencias y hasta estas mismas son -según nos demuestra la experiencia- inconscientes al principio de la cura, tenemos que modificar y perfeccionar un defecto de nuestro modo de expresarnos. Escaparemos a la falta de claridad oponiendo uno a otro, en lugar de lo consciente y lo inconsciente, sobre todo aquella que puede denominarse el nódulo del yo, y de la cual sólo un escaso sector queda comprendido en lo que denominamos preconscious. Tras de esta sustitución de una expresión puramente descriptiva por otra sistemática o dinámica, podemos decir que la resistencia del analizado parte de su yo, y entonces vemos en seguida que *la compulsión de repetición debe atribuirse a lo reprimido inconsciente, material que no puede probablemente exteriorizarse hasta que la labor terapéutica hubiera debilitado la represión.*

Es muy importante que lean con mucha atención la cita precedente, para comprender cuál es el estatuto de la repetición y su eficacia mortífera, de la que seguramente encontrarán mucha bibliografía en la que psicoanalistas posteriores a Freud han indilgado a las más diversas razones ubicando al yo al que consideran amo prec-ccte, como factótum en la negociación.

¿En qué relación se encontrará la repetición respecto del principio del placer? Se preguntará Freud, a lo que se responderá que esa relación no se encontrará en principio en contradicción con este principio. El displacer en un sistema puede implicar satisfacción para otro. Sin embargo:

Un nuevo hecho singular es el de que la obsesión de repetición reproduce también sucesos del pasado que no traen consigo posibilidad alguna de placer y que cuando tuvieron lugar no constituyeron una satisfacción ni siquiera fueron desde entonces sentimientos instintivos reprimidos (1920:2515)

El siguiente desarrollo que Freud nos ofrece en este capítulo III es uno minucioso e imperdible acerca de la operatoria de la repetición, su aparición en la transferencia e incluso aquello que ha sido dado en llamar “neurosis de destino” y que no estará ajena a su aparición en y durante el análisis. Las cuestiones edípicas y su inevitable fracaso dejarán en términos de Freud una “cicatriz narcisística” en el sentido del yo, aportando a lo que según Freud refiere, Marcinowski denominó “sentimiento de inferioridad” y que se encuentra tan vilipendiado en nuestra actualidad desde las diferentes aportaciones de las terapias de autoayuda, New Age, y diferentes formatos del “coaching” derivaciones de los abordajes conductistas tan convenientes al mercado.

Un imperdible desarrollo de los avatares inconscientes del complejo de Edipo que ya no necesitamos aclarar es de carácter inconsciente, nos convida Freud en este punto de su “Más allá...” sin cesar de recordarnos una y otra vez que la transferencia será el terreno en el que se jugará esa necesaria herida y su repetición, recordándonos también que nada de todo ese doloroso trámite podría ser considerado portador de placer.

Lo mismo que el psicoanálisis nos muestra en los fenómenos de transferencia de los neuróticos, puede hallarse de nuevo en la vida de personas no neuróticas, y hace en las mismas la impresión de un destino que las persigue, de una influencia demoníaca que rige su vida. El psicoanálisis ha considerado desde un principio tal destino como preparado, en su mayor parte, por la persona misma y determinado por tempranas influencias infantiles. La obsesión que en ello se muestra no se diferencia de la de repetición de los neuróticos, aunque tales personas no hayan ofrecido nunca señales de un conflicto neurótico resuelto por la formación de síntomas. De este modo conocemos individuos en los que toda relación humana llega a igual desenlace: filántropos a los que todos sus protegidos, por diferente que sea su carácter, abandonan irremisiblemente, con enfado, al cabo de cierto tiempo, pareciendo así destinados a saborear todas las amarguras de la ingratitud: hombres en los que toda amistad termina por la traición del amigo; personas que repiten varias veces en su vida el hecho de elevar como autoridad sobre sí mismas, o públicamente, a otra persona, a la que tras algún tiempo derrocan para elegir a otra nueva; amantes cuya relación con las mujeres pasa siempre por las mismas fases y llega al mismo desenlace. No nos maravilla en exceso este «perpetuo retorno de lo mismo» cuando se trata de una conducta activa del sujeto y cuando hallamos el rasgo característico

permanente de su ser, que tiene que manifestarse en la repetición de los mismos actos (1920:2516).

[...] Estos datos, que en la observación del destino de los hombres y de su conducta en la transferencia hemos hallado, nos hacen suponer que en la vida anímica existe realmente una obsesión de repetición que va más allá del principio del placer y a la cual nos inclinamos ahora a atribuir los sueños de los enfermos de neurosis traumáticas y los juegos de los niños. Mas, de todos modos, debemos decirnos que sólo en raros casos podemos observar los efectos de la obsesión de repetición por sí solos y sin la ayuda de otros motivos. (1920:2517)

Como veremos Freud va considerando a lo largo de su investigación diferentes fuentes de displacer, tanto aquellas provenientes de la vida “normal” , como el juego en la infancia, como así también el carácter de la perduración en el psiquismo del acontecimiento considerado traumático, y también de aquellas que se constituyen en claras repeticiones, en actos llevados a cabo por personas dentro y fuera del tratamiento analítico, nominadas estos últimos como compulsiones de repetición. El punto llamativo que Freud nos hace notar en todas ellas es que en un determinado momento la obsesión de repetición y la satisfacción pulsional directa y acompañada de placer parecen tener una íntima comunidad.

Enigmático sesgo humano ante el cual el inventor del psicoanálisis no retrocederá.

Queda suficiente resto que justifica nuestras hipótesis de la obsesión de repetición, la cual parece ser más primitiva, elemental e instintiva que el principio del placer al que se sustituye. Mas si en la vida anímica existe tal obsesión de repetición, quisiéramos saber algo de ella, a qué función corresponde, bajo qué condiciones puede surgir y en qué relación se halla con el principio del placer, al que hasta ahora habíamos atribuido el dominio sobre el curso de los procesos de excitación en la vida psíquica. (1920:2517)

Desembocando el **capítulo IV**, Freud dará lugar formalmente a la ruptura más importante con su propia teorización previa acerca de las pulsiones y los principios del funcionamiento psíquico.

Luego de ubicar como sistema (Percepción-consciencia) valiéndose de lo que llama una nominación metapsicológica, nos recuerda que ese sistema incluye no sólo el contacto con el exterior sino con el interior del aparato, incluidos los otros sistemas del mismo. Las sensaciones placer-displacer provendrían del propio aparato.

La consciencia no es la única peculiaridad que atribuimos a los procesos que tienen lugar en este sistema. Basándonos en las impresiones de nuestra experiencia psicoanalítica, suponemos que todos los procesos excitantes que se desarrollan en los demás sistemas dejan en éste huellas duraderas como fundamento de la memoria, esto es, restos mnémicos que no tienen nada que ver con la consciencia y que son con frecuencia más fuertes y permanentes cuando el proceso del que han nacido no ha llegado jamás a la consciencia. Pero nos es difícil creer que tales huellas duraderas de la excitación se produzcan también en el sistema P-Cc.(1920:2518)

Siguientes desarrollos retomarán conceptualizaciones que Freud trabajara ya con anterioridad en el Proyecto de Psicología para neurólogos, la carta 52 y la interpretación de los sueños y que ustedes en la cursada han podido trabajar desde textos tales como el block maravilloso, que dan cuenta del funcionamiento y exclusas entre percepción, memoria y consciencia.

La postulación de una protección anti-estímulo que resguarda fundamentalmente del mundo exterior es uno de los planteos que se incluyen en este texto y que por razones obvias retoma en textos estudiados por ustedes de posterior escritura como lo es el block maravilloso, ponderando Freud la gran importancia de la función protectora, equiparable a la importancia que tiene la función receptora y de la cual pende en gran parte la perdurabilidad de la vida.

Aún nos queda algo por explicar en la vesícula viviente y su capa cortical receptora de estímulos. Este trocito de sustancia viva flota en medio de un mundo exterior cargado de las más fuertes energías, y sería destruido por los efectos excitados del mismo si no estuviese provisto de un dispositivo protector contra las excitaciones (Reizschutz)-(1920:2519)

Freud planteará que el aparato tomará de la intensa “realidad exterior” pequeñas muestras con las cuales realizar un cálculo de distribución y procesamiento de energía pero que también este elaborará en pequeñas cantidades.

En un interesante planteo el padre del psicoanálisis pone a prueba las kantianas categorías de tiempo y espacio, indicando que el inconsciente se encuentra “fuera de tiempo” (1920: 2520). Entiéndase que estamos hablando del tiempo cronológico y que como hemos conversado oportunamente de las diferentes categorías que los griegos utilizaban para el tiempo, el Aion¹ viene en nuestro auxilio. No se trata de un fuera de tiempo en el sentido que tantas veces el imaginario popular ha dejado para el inconsciente arrinconándolo al pasado, sino de un tiempo que está siendo.

En la carta 52 de Freud a Fliess (1896) que ustedes han trabajado, el tiempo es considerado y se abre una dimensión que considera el tipo de memoria que el psicoanálisis propone. Freud dirá: el material de las transcripciones se ordena y transcribe de acuerdo con épocas. La transcripción puede no ocurrir y ese será un problema para enfrentar. Marcas vivas. Marcas que pueden transcribirse a partir de una lectura, a la que nos ofreceremos.

Volviendo a más allá, Freud dirá: “el tiempo no cambia nada en ellos” al referirse a los elementos de carácter inconscientes. Es muy importante ahondar en estas consideraciones, dado que muchas veces los psicoanalistas nos referimos a que el psicoanálisis no es una teoría psicológica ni del desarrollo y aquí Freud nos da las razones.

El autor continúa tomando elementos de la neurología para explicar el funcionamiento del aparato y los sistemas psíquicos. Es interesante que en algún momento lean el “Proyecto de psicología para neurólogos” (1895) que cabe destacar

¹ Eón o Aión (en **griego** antiguo: αἰών, del **griego** arcaico αἰφών) es un dios de la mitología **griega** adoptada por los romanos. Dios supremo e imparcial, es el dios del **tiempo** eterno y de la prosperidad, no teniendo ni comienzo ni final.

anticipó una serie de desarrollos a los que la medicina pudo arribar no hace muchos años y donde Freud esboza varias de las hipótesis que estamos considerando en “Más allá...”

Recordemos que en párrafos anteriores nos hemos referido a que el aparato anímico y sus sistemas laboran en un margen de contacto con lo que denominamos interior y exterior de este. Freud habla de un movimiento envolvente.

Esta capa cortical sensible, que después constituye el sistema Cc., recibe también excitaciones procedentes del interior; la situación del sistema entre el exterior y el interior y la diversidad de las condiciones para la actuación desde uno y otro lado es lo que regula la función del sistema y de todo el aparato anímico. (1920:2520)

Respecto de las cantidades de excitación surgidas desde el exterior ha postulado la existencia de una protección contra los estímulos, pero en relación con aquellas magnitudes provenientes del interior del aparato expresará contundentemente que no habrá defensa eficaz.

Mas contra las excitaciones procedentes del interior *no existe defensa alguna*; las excitaciones de las capas más profundas se propagan directamente al sistema sin sufrir la menor disminución, y determinados caracteres de su curso crean en él la serie de sensaciones de placer y displacer (1920:2520)

Más adelante planteará que la prevalencia en torno de la intensidad de las excitaciones es siempre externa, pero que el aparato opera respecto de las intensas cantidades surgidas desde su interior como si se tratase de amenazas externas.

Aquellas excitaciones procedentes del exterior que poseen suficiente energía para atravesar la protección son las que denominamos traumáticas. Opino que el concepto de trauma exige tal relación a una defensa contra las excitaciones, eficaz en todo otro caso. Un suceso como el trauma exterior producirá seguramente una gran perturbación en el intercambio de energía del organismo y pondrá en movimiento todos los medios de defensa. *Mas el principio del placer queda aquí fuera de juego*. No siendo ya evitable la inundación del aparato anímico por grandes masas de excitación, habrá que emprender la labor de dominarlas, esto es, de ligar psíquicamente las cantidades de excitación invasoras y procurar su descarga. (1920:2520).

Freud abordará el dolor físico ubicando que este es efecto de la ruptura de la protección en un área limitada y que llegarán al aparato grandes cantidades de energía como es corriente que ocurra desde el interior de este, generándose alrededor de la brecha producida una contra carga de energía que empobrecerá por obvias razones el resto del funcionamiento del aparato. Podemos ver claramente este tipo de situación en aquellos eventos de dolor físico en los que el resto de los intereses y la vida de la persona en cuestión pasan a quedar en segundo término o sin lugar ninguno en su consideración. Freud habla incluso de *parálisis* del resto de la vida psíquica.

Luego de realizar una serie de consideraciones en torno de la energía psíquica, ligada o no, Freud planteará desde esa perspectiva a las neurosis traumáticas comunes como el resultado de una “extensa rotura de la protección contra las excitaciones” (1920:2522).

Es interesante como Freud sopesa el valor de los elementos susto y angustia:

También para nosotros conserva el susto su importancia. Su condición es la falta de la disposición a la angustia (*Angstbereitschaft*), disposición que hubiera traído consigo una «sobrecarga» del sistema, que recibe en primer lugar la excitación. A causa de tal insuficiencia de la carga no se hallan luego los sistemas en buena disposición influyentes, y las consecuencias de la rotura de la protección se hacen sentir con mayor facilidad. Hallamos de ese modo que la disposición a la angustia representa, con la sobrecarga de los sistemas receptores, la última línea de defensa de la protección contra las excitaciones. En una gran cantidad de traumas puede ser el factor decisivo para el resultado final la diferencia entre el sistema no preparado y el preparado por sobrecarga. Mas esta diferencia carecerá de toda eficacia cuando el trauma supere cierto límite de energía. (1920:2522)

Un apartado especial cabe al considerar la reelaboración que de la teoría de los sueños incluye Freud en el texto que estamos trabajando:

Sería ésta la ocasión de conceder por vez primera la existencia de una excepción a la regla de que los sueños son realizaciones de deseos. Los sueños de angustia no son tal excepción, como ya he demostrado

repetidamente y con todo detenimiento, ni tampoco los de «castigo», pues lo que hacen estos últimos es sustituir a la realización de deseos, prohibida, el castigo correspondiente, siendo, por tanto, la realización del deseo de la consciencia de la culpa, que reacciona contra el instinto rechazado. Mas los sueños antes mencionados de los enfermos de neurosis traumática no pueden incluirse en el punto de vista de la realización de deseos, y mucho menos los que aparecen en el psicoanálisis, que nos vuelven a traer el recuerdo de los traumas psíquicos de la niñez. Obedecen más bien a la obsesión de repetición, que en el análisis es apoyada por el deseo -no inconsciente- de hacer surgir lo olvidado y reprimido. Así, pues, tampoco la función del sueño de suprimir por medio de la realización de deseos los motivos de interrupción del reposo sería su función primitiva, no pudiendo apoderarse de ella hasta después que la total vida anímica ha reconocido el dominio del principio del placer. Si existe un «más allá del principio del placer», será lógico admitir también una prehistoria para la tendencia realizadora de deseos del sueño, cosa que no contradice en nada su posterior función. Una vez surgida esta tendencia, aparece un nuevo problema; aquellos sueños que, en interés de la ligadura psíquica de la impresión traumática, obedecen a la obsesión de repetición, ¿son o no posibles fuera del análisis? La respuesta es, desde luego, afirmativa. (1920:2522/23)

Retomando la cuestión de las neurosis de guerra, Freud ubicará una serie de razones que pueden ser recorridas en el texto en cuestión por las que pueden ser entendidas como neurosis traumáticas a las que se agrega un conflicto con el yo. Sin embargo, nos importa ubicar el carácter de energía de carácter sexual (libidinal) que entra en juego en una combinatoria con la teorización relativa a la pérdida de protección y el dolor que tallan cuando una herida física concreta atrae la concentración de energía disponible. Sería interesante considerar bajo esta perspectiva, las autoflagelaciones diversas, operaciones con fines estéticos reiteradas, y otras manifestaciones de actualidad que atraviesan los cuerpos en nuestra actualidad.

Al inicio del **capítulo V**, Freud ubicará las dificultades en términos económicos, que trae acarreada la inexistencia de una capa de protección anti estímulo contra las cargas provenientes del interior del aparato, ocasionando perturbaciones equivalentes a las de las neurosis actuales.

Freud conjetura que la energía pulsional pertenece al tipo de proceso (nervioso) libremente móvil que tiende a conseguir un exutorio. El modelo de desplazamiento de las cargas considerado en la elaboración de los sueños es tomado por Freud aquí como el más afín respecto del tipo de funcionamiento económico que lo ocupa en este estudio, ubicando esos procesos como absolutamente diferentes a aquellos que se ponen en marcha a nivel del (pre)consciente. Transferencias, desplazamientos y condensaciones de cargas son procesos altamente desarrollados a nivel de lo inconsciente. A nivel del preconsciente estos mecanismos son defectuosos y de pobres resultados. Freud llamará primarios a aquellos de carácter inconsciente y secundarios a aquellos en los cuales la vida despierta gobierna.

Dado que todos los impulsos instintivos parten del sistema inconsciente, apenas si constituye una innovación decir que siguen el proceso primario, y por otro lado, no es necesario esfuerzo alguno para identificar el proceso psíquico primario con la carga, libremente móvil, y el secundario, con las modificaciones de la carga, fija o tónica, de Breuer. Correspondería entonces a las capas superiores del aparato anímico la labor de ligar la excitación de los instintos, característica del proceso primario. El fracaso de esta ligadura haría surgir una perturbación análoga a las neurosis traumáticas. Sólo después de efectuada con éxito la ligadura podría imponerse sin obstáculos el reinado del principio del placer o de su modificación; el principio de la realidad. Mas hasta tal punto sería obligada como labor preliminar del aparato psíquico la de dominar o ligar la excitación, no en oposición al principio del placer, mas sí independientemente de él, y en parte sin tenerlo en cuenta para nada (1920:2524)

Freud dedicará una consideración especial a la repetición, retomando nuevamente la consideración de las actividades infantiles, ubicando que en ellas tanto el placer como las situaciones penosas son repetidas para acentuar el dominio sobre estas últimas o para repetir el placer, según el caso. Condición esta que se perderá con la vida adulta, ejemplificando la pérdida de la gracia en el chiste oído por segunda vez o la obra de teatro repetida. Si bien podemos encontrar excepciones a estas ejemplificaciones freudianas, el punto de interés es ubicar que la diferencia está presente en la repetición y es condición

de goce. A diferencia del niño que se conduce solicitando la repetición de la historia o el cuento a la que espera sin modificación alguna en el relato y festeja placenteramente, el paciente en transferencia repetirá los sucesos de su infancia imponiéndose estos más allá de lo placentero. Vemos allí que esas huellas mnémicas no se encuentran en estado de ligadura y no se disponen a ser gobernadas por el proceso secundario.

Recientemente un psiquiatra interviniente en un tratamiento, en conversación con el analista del paciente en común decía: ¿no se da cuenta esta paciente que lo que me está proponiendo es descabellado? ¿no puede atenerse al encuadre? ¿cómo va a ofrecerme que haga un trueque compartiendo su casa? El profesional desconocía que los trueques y canjes eran operaciones comerciales que ligaban desde la más tierna infancia a la paciente con su padre, al que acompañaba en esas operaciones.

Freud se preguntará: ¿De qué modo se halla en conexión lo pulsional con la obsesión de repetición?

Uno de los aspectos que considerará para responderse, es que seguramente las pulsiones como tendencia orgánica tienden a la reconstrucción de un estado anterior, que podría haber abandonado por influjo de lo externo. Una tendencia al retorno a lo inorgánico.

Es importante destacar que en una nota al pie de 1925 ubica una diferencia respecto de las pulsiones sexuales, en las que habría que considerar otros aspectos.

No olvidemos que en 1915 Freud deja claro que la pulsión es un concepto límite, liminal entre lo somático y lo anímico. Muchos psicoanalistas han reducido esta teorización biologizando el concepto de pulsión con las consecuencias que esto ha acarreado en las intervenciones. Pensemos a la pulsión en el interior del aparato más allá del organismo.

Luego de una serie de consideraciones acerca de la naturaleza, Freud planteará su interés por perseguir hasta el último término la hipótesis de que todas las pulsiones intentan reconstruir o retornar a un estado anterior. La presencia de la muerte y de lo inanimado como estatuto anterior estaría en la vida misma.

Los instintos que cuidan de los destinos de estos organismos elementales supervivientes al ser unitario, procurándoles un refugio durante todo el tiempo que permanecen indefensos contra las excitaciones del mundo exterior y facilitando su encuentro con las otras células germinativas, constituyen el grupo de los instintos sexuales. Son conservadores en el mismo sentido que los otros, dado que reproducen anteriores estados de la sustancia animada; pero lo son en mayor grado, pues se muestran más resistentes contra las actuaciones exteriores y, además, en su más amplio sentido, pues conservan la vida misma para más largo tiempo. Son los verdaderos instintos de vida. Por el hecho de actuar en contra de la tendencia de los otros instintos, que por medio de la función llevan a la muerte, aparece una contradicción entre ellos y los demás, oposición que la teoría de las neurosis ha reconocido como importantísima (1920:2527)

El capítulo VI de “Más allá...” encontrará a Freud poniendo en tensión la hipótesis de la existencia de una pulsión que avanza hacia la muerte contra aquella postura biológica que se plantea a la muerte como una cuestión natural.

[...]veríamos con gusto que toda nuestra construcción especulativa demostrase ser equivocada, pues de este modo cesaría la oposición entre instintos del yo o de muerte e instintos sexuales o de vida, y con ello perdería la obsesión de repetición la importancia que le hemos atribuido. (1920:2529)

[...] Detengámonos un momento en esta concepción exquisitamente dualista de la vida instintiva. Según la teoría de E. Hering, se verificaban de continuo en la sustancia viva dos clases de procesos de dirección opuesta: los unos, constructivos (asimilatorios), y destructores (desimilatorios), los otros. ¿Deberemos atrevernos a reconocer en estas dos direcciones de los procesos vitales la actuación de nuestros dos impulsos instintivos, los instintos de vida y los instintos de muerte? Lo que desde luego no podemos ocultarnos es que hemos arribado inesperadamente al puerto de la filosofía de Schopenhauer, pensador para el cual la muerte es el «verdadero resultado» y, por tanto, el objeto de la vida y, en cambio, el instinto sexual la encarnación de la voluntad de vivir. (1920:2533)

Freud hará a lo largo de este capítulo un repaso acerca de las teorías de las pulsiones, partiendo de aquella diferenciación a la que denomina popular (hambre y amor) y que diera cabida a la teorización de las pulsiones de autoconservación y de conservación de la especie, para dar lugar luego en una segunda época lugar a las denominadas pulsiones sexuales por oposición a las del yo (en estas últimas quedaba indefinido su contenido más allá de considerar que la energía libidinal correspondiente no investía objetos externos al propio yo). Pasando revista a una serie de imprecisiones derivadas de debates internos con prominentes discípulos ya reubicados a la altura de 1920, el maestro realizará una apretada pero elocuente descripción acerca del lugar del yo en estos menesteres relativos a las pulsiones, que lo llevará a la nominación propuesta más adelante de pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

[...]Un prudente y reflexivo progreso demostró a la observación psicoanalítica cuán regularmente es retirada la libido del objeto y vuelta hacia el yo (introversión). Estudiando el desarrollo de la libido del niño en su fase más temprana, llegamos al conocimiento de que el yo es el verdadero y primitivo depósito de la libido, la cual parte luego de él para llegar hasta el objeto. El yo pasó, por tanto, a ocupar un puesto entre los objetos sexuales y fue reconocido en el acto como el más significado de ellos. Cuando la libido permanecía así en el yo, se la denominó narcisista. Esta libido narcisista era también, naturalmente, la exteriorización de la energía de los instintos sexuales en el sentido analítico; instintos que hubimos de identificar con los «instintos de conservación», reconocidos desde el primer momento. Estos descubrimientos demostraron la insuficiencia de la dualidad primitiva de instintos del yo e instintos sexuales. Una parte de los instintos del yo quedaba reconocida como libidinosa. En el yo actuaban -al mismo tiempo que otros- los instintos sexuales; pero tal nuevo descubrimiento no invalidaba en absoluto nuestra antigua fórmula de que la psiconeurosis reposa en un conflicto entre los instintos del yo y los instintos sexuales. (1920:2534)

Consideraciones acerca de la agresividad y el amor y el lugar del Yo en ese horizonte permiten que la conceptualización continúe conservando una dualidad relativa a la tendencia erótica y la mortífera, dando por tierra la unicidad de lo que fuera el entendimiento que hiciera Jung acerca de la libido.

Es sin desperdicio la lectura completa del capítulo sexto, a pesar de la gran cantidad de referencias biológicas que podemos considerar como metáfora o modelos auxiliares además de las referencias necesarias que el médico Freud realizara acerca de la materia viviente que nuestro aparato anímico encarna.

Si no se quiere abandonar la hipótesis de las pulsiones de muerte, no hay más remedio que unir a ellos desde un principio las pulsiones de vida

Sobre el final del texto ya en el *capítulo VII*, Freud marcará casi sin especificar allí las consecuencias, a las pulsiones de vida o de muerte en torno de la ligadura o no de las parcialidades puestas en marcha en la satisfacción.

Sería éste el momento de emprender estudios más amplios. Nuestra consciencia nos facilita desde el interior no sólo las sensaciones de placer y displacer, sino también la de una peculiar tensión que puede ser agradable o desagradable. ¿Son los procesos de energía ligados y desligados los que debemos diferenciar por medio de estas sensaciones, o debe referirse la sensación de tensión a la magnitud absoluta o eventualmente al nivel de la carga, mientras que la serie placer-displacer indica la variación de la magnitud de la misma en la unidad de tiempo? Es también harto extraño que los instintos de vida sean los que con mayor intensidad registra nuestra percepción interna, dado que aparecen como perturbadores y traen incesantemente consigo tensiones cuya descarga es sentida como placer, mientras que los instintos de muerte parecen efectuar silenciosamente su labor. *El principio del placer parece hallarse al servicio de los instintos de muerte*, aunque también vigile a las excitaciones exteriores, que son consideradas como un peligro por las dos especies de instintos, pero especialmente a las elevaciones de excitación procedentes del interior, que tienden a dificultar la labor vital. Con este punto se enlazan otros numerosos problemas cuya solución no es por ahora posible (1920:2541)

Y más allá de este punteo, cabe continuar preguntándonos como el mismo Freud nos conmina a lo largo y al final de este indispensable texto.

Referencias:

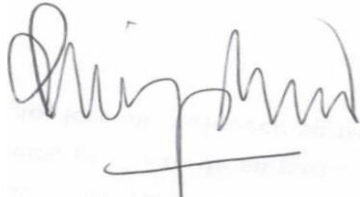
Freud, S (1920) Más allá del principio del placer. Obras completas. Tomo III. España.

Biblioteca Nueva.

Freud, S (1915) Pulsiones y sus destinos. Obras completas. Tomo II. España. Biblioteca Nueva.

Freud, S (1896) Correspondencia. Carta nro. 52. Obras completas. Tomo III. España. Biblioteca Nueva.

Weigandt, P (2012) Pariré Centauros. De la sublimación Freudiana al Sinthome Lacaniano. Un punto de suspensión. Cap. II. Buenos Aires. Letra Viva.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Weigandt', with a long horizontal stroke extending from the bottom of the 't'.

Doctora Patricia Weigandt.
PTR. Cátedra Psicoanálisis